



COMISIÓN
ANIMADORA
DEL EJE MUJERES
EN LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD



Ciclo de

FORMACIÓN VIRTUUAL



CREADAS A IMAGEN DE CRISTO

Somos transfiguradas a su propia imagen con un esplendor cada vez más glorioso (2 Co 3,18)

Contemplar a Jesús, escuchar su palabra, es la mejor manera de acercarse al misterio de los seres humanos. Su persona, sus gestos, sus acciones poderosas, su entrañable ternura, su capacidad de descubrir el fondo de la persona con la mirada profunda, nos muestran que el hondo misterio humano ha sido transformado por la encarnación liberadora y que seguir el itinerario de Jesús en los evangelios nos da la clave para ser más humanas y humanos y aprender a construir con otros-as una humanidad renovada.

Los testimonios lo asocian a la consecución de relaciones dialogales, igualitarias, inclusivas, no violentas, que no se rigen por leyes o costumbres que impliquen jerarquías o discriminación. Es fuerte en sus convicciones, pero no las impone. Ejerce toda su potencia en hacer el bien. Su autoridad es servicio. Domina las manifestaciones del mal, no a las personas. Su pasión no avasalla. Su firmeza la ejerce con dulzura.

Sus actitudes hacia las mujeres sorprendieron a sus seguidores y a sus detractores. A sus discípulos, cuando lo ven conversar a plena luz del día con una samaritana. A los fariseos, cuando perdona a la mujer que le lava los pies con sus lágrimas de arrepentimiento. A los ancianos, cuando se retiran sin tirar la primera piedra. A Marta, cuando la invita a confesarlo como quien es: la Resurrección y la Vida. A María, su hermana, cuando se la reconoce como discípula. A Magdalena, primera testigo de su vida resucitada.

Las primeras comunidades cristianas comprendieron que la vida plena que Jesús anunciaba demandaba un cambio radical nacido de las fuentes del Espíritu: como hombres y mujeres renacidos en sus aguas participaban conjuntamente como discípulas, diaconisas, apóstoles (Rom 16) en la misión evangelizadora.

La verdad que sostiene esta praxis inicial es la afirmación contundente de Pablo a los Gálatas (3, 26-28) que asume la fuerza transformadora de la encarnación liberadora de Jesús:

“Porque todos ustedes son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, ya que todos ustedes, que fueron bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo. Por lo tanto, ya no hay judío ni griego, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús”.

La diversidad en Cristo, no entraña desigualdades, aquellas palabras fundacionales del Génesis, se vuelven patentes en la persona de Jesús.

“Quienes viven la vida de Cristo son imágenes de Cristo, en su existencia corporal. Cuando las mujeres se dan nombre a sí mismas en el poder, la responsabilidad, la libertad y la relación mutua, cuando se afirman como personas encarnadas pero que se trascienden a sí mismas, rotas por el pecado pero renovadas por la gracia”,¹ reflejan en su rostro y en su ser la Gloria de Dios (2 Cor 3,18).

El yo femenino reapropia en Cristo su ser imagen de la Trinidad. Las mujeres cristianas, conscientes de su dignidad, reclaman ser consideradas y tratadas como lo que son: Imagen de Cristo, imagen de Dios. Y con ellas, no se puede eludir la fuerza transformadora de esta verdad irrenunciable: cualquier atentado contra la dignidad humana, cualquier injusticia contra las mujeres, distorsiona la fuerza liberadora del Evangelio y oculta a la humanidad el rostro de Jesús que es todo amor.

PARA LA REFLEXIÓN...

¿Qué puede significar en tu vida esta afirmación: “soy imagen de Cristo”?

Si los hombres y mujeres somos igualmente imagen de Cristo,

¿cómo podemos plasmarlo en concreto en el caminar de una Iglesia sinodal?

